

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2001.10.829>

Virginia WOOLF, *El viejo Bloomsbury y otros ensayos*. Selec., trad. y pról. de Federico PATÁN. México, UNAM, 1999.

Hermione Lee comienza su reciente biografía de Virginia Woolf con un capítulo titulado “Biography”, en el cual nos ofrece una serie de citas y reflexiones de la misma Woolf en torno a lo ilusorio que resulta pensar que a partir de acumulaciones gigantescas de datos llegaremos alguna vez a conocer a fondo a una persona. Para Woolf, el arte de la biografía siempre ha tenido que vérselas con la unión de dos fuerzas opuestas: la pesada solidez de los datos veraces, el famoso granito de su ensayo “The New Biography”, y la esencia más escondida e inaprehensible de la personalidad humana, es decir, un elemento similar al arco iris. Acto seguido, Lee pasa a compartir con nosotros sus dudas acerca de las limitantes y los posibles logros de su

biografía si ésta fuera leída desde la perspectiva de la propia Woolf, es decir, tomando en cuenta sus propias ideas sobre el asunto.

Cuando recibí la antología *El viejo Bloomsbury y otros ensayos* de Virginia Woolf recordé las dudas y los interrogantes de Hermione Lee, ya que también en el caso del ensayo esta gran escritora pensó y escribió sobre el tema, y no sólo acerca del ensayo en sí sino sobre las colecciones de ensayos. De hecho, reseñó los cinco tomos de *Modern English Essays, 1870 to 1920* en su ensayo "The Modern Essay" (1922), además de preparar una antología de ensayos propios a la que llamó *The Common Reader* y que apareció en 1925. En 1932 publicó una segunda antología, *The Common Reader II*. Estos interrogantes se volvieron más insistentes cuando leí el comentario de Andrew McNeillie que dice que desde que Woolf empieza a concebir la publicación de algunos de sus ensayos en forma de libro ya está pensando acerca de qué forma darle, pues decididamente lo que no quiere hacer es ofrecer una simple suma de textos. Recordemos aquí la permanente preocupación de Woolf por las cuestiones de forma y estructura en toda su creación literaria, sumado al hecho que la preparación de *The Common Reader* coincide con el envío a la imprenta de *Mrs. Dalloway* y el proyecto inicial para *To the Lighthouse*. Para Virginia Woolf estos textos deben estar dispuestos de tal modo que conformen una estructura significativa capaz de transmitir un efecto, una idea final, totalizadora. En un determinado momento describe incluso en su diario un proyecto bastante ambicioso para la publicación de sus ensayos, un proyecto que en parte se acerca más bien a lo que experimentaba en sus textos literarios. Cito de su diario:

Podría haber un capítulo introductorio. Una familia que lee los textos. Una cosa que se podría hacer es envolver cada ensayo en una atmósfera propia. Incorporarlos dentro de una corriente de vida y darle así forma al libro; lograr enfatizar alguna línea principal —pero sólo logro vislumbrar cuál ha de ser esa línea al leer los textos de principio a fin. Sin duda el tema predominante es la literatura.

Entonces, para retomar el punto anterior, ¿qué hubiera dicho Virginia Woolf, con todas sus ideas propias al respecto, de esta presentación de doce de sus ensayos, tomados de varias fuentes distintas y organizados en un orden temático y no cronológico, en esta antología preparada, traducida y prologada por Federico Patán? Y, sobre todo, ¿qué hubiera opinado de la visión que emerge de esta antología de ella como ensayista?

En su prólogo, Federico Patán nos aclara lo siguiente:

Recordemos que todo autor nos propone una visión del mundo, con la cual entramos en diálogo de aceptaciones, de cuestionamientos o de rechazos.

La presente antología de ensayos intenta que el lector entable un diálogo con la visión del mundo propia de Virginia Woolf, diálogo que en cada lector funcionará según las relaciones que se hayan establecido o se vayan estableciendo. Como antología que es, tiene la obligación de proponerse una selección de textos representativa de la autora, intento que en el caso presente no se atiene a un ordenamiento cronológico y sí a otro de índole temática.

Pero aquí me atrevo a interrumpirlo para insertar un eslabón que creo le falta a esta declaración de propósitos, a pesar de ser un eslabón central. Considero que antes de pensar acerca del tipo de diálogo que entablaremos con Woolf debemos detenernos un momento para reflexionar en torno al diálogo que estableció el propio Federico Patán con Virginia Woolf la ensayista, y de la imagen que a partir de dicho diálogo construye y nos transmite de ella, a partir de los ensayos que escogió para esta antología y del orden en que los presenta.

Pensemos entonces acerca de la forma, las características y los efectos específicos de esta antología y cómo contribuye todo esto a conformar una voz, una sensibilidad, una mente particular, a diferencia de otras como por ejemplo *Women and Writing* que compiló Michèle Barrett, en donde la Virginia Woolf ensayista que emerge parece no tener otro interés en el mundo más que la literatura de y para las mujeres, imagen con la cual estoy segura que Woolf hubiera estado en desacuerdo. Pensemos pues en torno a cuál es la voz, la persona que emerge de esta creación de Federico Patán.

Las reseñas y los ensayos completos de Virginia Woolf ocupan seis gruesos volúmenes y por lo general giran en torno a libros (novela, cuento, biografía, cartas y diarios, entre otros) y a autoras o autores específicos, sobre todo pero no siempre, del mundo de las letras inglesas, así como a reflexiones más generales acerca del oficio de escribir (novela o cuento la mayoría de las veces, pero no poesía, pues pensaba que este género ya no le pertenecía a nuestros tiempos por ser éstos demasiado complejos y difíciles), la tarea del lector, la función de la literatura en general y, muy especialmente, la relación que se establece entre el arte y la vida.

Federico Patán, después de su prólogo claro e ilustrativo, arranca con un ensayo inesperado, "La muerte de la polilla", que gira en torno a las reflexiones de la escritora una mañana de otoño al contemplar los últimos minutos de vida de una polilla. Es cierto que justifica ampliamente su elección explicándonos que es una obra sobre la existencia que cabe dentro de

la mejor tradición ensayística inglesa, además de que sirve para que tengamos presente uno de los propósitos centrales de la obra crítica de Woolf pues, y aquí cito del prólogo, “la polilla establecía indirectamente que algún tipo de patrón rige las diversas existencias del mundo, bien que éstas no siempre lo capten, y tanto en su narrativa como en los análisis de la obra ajena esta escritora procuraba encontrar la trama de ese patrón”. Sin embargo, insisto en lo de “inesperado” porque confieso que no pensaba encontrarme con un texto así para abrir la antología, la cual confiaba estaría dedicada por completo a la literatura y a los ensayos más *ad hoc* de Woolf sobre el tema. Sin embargo, con este gesto audaz Federico Patán nos enfrenta de entrada con una voz muy particular, con una presencia diferente, innovadora, anticonvencional, que se atreve a darle no sólo peso, sino incluso prioridad a lo que ve y siente, y a elaborar un comentario crítico propio al respecto, maravillosamente bien escrito pero sin importar si cumple o no con nuestras expectativas. Y todo esto, a su vez, nos lleva a recordar la relevancia que tenía para Woolf la presencia de la personalidad de un escritor en su obra, aunque siempre fue consciente de que ésta era un arma de doble filo.

A continuación Federico Patán cambia de táctica de manera radical al ofrecernos ni más ni menos que “El viejo Bloomsbury”, otro ensayo de una Virginia Woolf ya madura pero que funciona como contrapeso al anterior debido a que nos brinda un panorama de la infancia y juventud de esta autora, un panorama en donde la influencia que tuvo su familia y su ambiente de clase media alta ilustrada de la Inglaterra victoriana y de preguerra en su vida queda debidamente establecida, y complementa la presencia anticonvencional del primer texto al darnos a entender que Woolf es una combinación interesantísima de tradición y ruptura, tanto en lo personal como en lo intelectual y artístico. De hecho, tanto la vida como la obra de esta escritora resultan imposibles de entender si no incorporamos a nuestro estudio el concepto de dualidad.

Luego se incluyen los capítulos 3 y 4 del ya clásico escrito de Woolf *Una habitación propia*, en donde reflexiona acerca de las enormes dificultades y limitantes a las que han tenido que enfrentarse históricamente las mujeres y que sin lugar a dudas han sido la causa de la casi nula presencia que han tenido éstas en el mundo de las artes y las letras. Estos dos capítulos resultan centrales para la cuidadosa construcción de la voz que va surgiendo de esta antología, pues si bien una selección en la que sólo esté presente esta voz tan preocupada por la condición de la mujer y la suerte de la mujer artista es a mi entender demasiado unidimensional, haber ignorado esta preocupación tan característica de esta autora hubiera significado una carencia imperdonable.

En cuarto lugar, este libro nos presenta “La vida y el novelista”, un ensayo que gira en torno a las limitantes que encierra para un texto el hecho de estar configurado en su totalidad por datos y más datos sin que el escritor someta todo esto a un severo trabajo de selección. Sin embargo, esta síntesis sólo transmite en parte el interés que tiene para nosotros este texto, ya que aquí hay que subrayar cómo comienza a emerger la voz crítica de nuestra autora, y me gusta el hecho de que Federico Patán haya escogido para esto un ensayo de 1926, que al igual que muchos de los primeros textos críticos de Woolf, más que abocarse a la tarea de someter a la novela *Un diputado fue rey* de Gladys Bertha Stein a un juicio implacable, lo que hace es permitir que nos adentremos en su mente, una forma del fluir de la conciencia aplicada al ensayo, para poder seguir paso a paso sus reacciones y sus reflexiones a la hora de leer dicha novela. También es significativo que en este cuidadoso registro aflore en determinados momentos una doble respuesta a lo que se lee, una más cómoda y complaciente, la otra más crítica y preocupada porque enfatiza la importancia que para Woolf la ensayista tenía el proceso de lectura, con toda la complejidad que éste encierra.

En cuanto terminamos con “La vida y el novelista” ya está la voz lista para continuar explorando, pero de manera más profunda y madura, el tema del arte y la vida en el ensayo “La narrativa moderna”. Aquí Woolf trabaja en torno a las fallas que para ella presentan las obras de tres novelistas victorianos: Bennett, Wells y Galsworthy, las cuales se deben básicamente a la actitud “materialista” de sus autores frente a la vida, es decir, a su interés por registrar el mundo real a través de toda la información posible en lugar de concentrarse en las impresiones que deja el acontecer del mundo exterior en las conciencias ocultas de los personajes. Resulta pues evidente que Woolf ya estaba comenzando a tener claro que en la novela moderna “el punto de interés se encuentra en las partes oscuras de la psicología”. La evolución que notamos en la ensayista a nivel de argumentos también la encontramos a nivel de voz. Es iluminador en cuanto a esto comparar la voz algo tímida de “La vida y el novelista” con una voz que ha crecido en seguridad y que, en este caso, parecería ser ya la de una novelista que tiene bastante claros ciertos principios en cuanto a lo que es la novela de su tiempo. Woolf está convencida de que no se puede escribir si no se sabe qué se quiere, y en qué se cree, literariamente hablando, por supuesto.

En el siguiente ensayo que nos ofrece Federico Patán, es decir “El punto de vista ruso”, nos encontramos con una voz, con una ensayista, dedicada a explorar en detalle la existencia de esas corrientes más oscuras y profundas que circulan por la psicología humana. Para ello trabaja en torno a la obra de tres célebres escritores rusos: Chéjov, Dostoievsky y Tolstoi, pues según

Woolf la permanente preocupación de éstos por indagar en torno al alma y la existencia convierte a sus libros en ejemplos magistrales de cómo la literatura registra todo este universo escondido de la intimidad humana. Si bien el tema del ensayo mismo es de gran interés, éste presenta otros aspectos dignos de comentar. Es un texto notable por ser de los pocos ensayos de Woolf que trabajan el tema del otro, de lo diferente, de lo que no pertenece a su cultura, un tema por cierto bastante espinoso en el caso de esta autora (recordemos por ejemplo su novela *The Voyage Out*). La voz que emerge de este texto es claramente consciente de que las formas de ser y de sentir de cada cultura están marcadas por importantes diferencias que pueden, a pesar de que se hagan traducciones, llevar a un público a malinterpretar las grandes obras de otra literatura. Es por ello que insiste en que debemos tener cuidado de no leer desde nuestra perspectiva textos que pertenecen a otros grupos distintos, y agrega que para ello no hay nada como leer mucho de esto otro. Sin embargo, el ensayo termina, de modo bastante atípico para esta escritora, con un cierto pesimismo en cuanto al grado de entendimiento que se puede lograr a nivel literario entre culturas muy distintas.

A continuación, la antología entra en una segunda etapa en la que nos presenta seis ensayos acerca de algunos autores clásicos de lengua inglesa: Defoe, las hermanas Brontë, Henry James, Conrad, Forster y el señor Hemingway, como le dice Woolf. En estos ensayos la voz retoma su seguridad habitual, pues pisa de nuevo terreno más que conocido. Además de seguridad también hay que apuntar la frescura con la cual se acerca a estos autores, si bien en la mayoría de los casos ya conocía muy bien sus obras, sumado al gusto que le produce sentarse a escribir sobre lo que podemos llamar su literatura y cómo logra transmitir este placer a todo aquel que lee los textos. De hecho en "The Modern Essay" habla de esta transmisión de placer como el objetivo central del ensayo en general. Encontramos incluso hasta periódicas chispas de humor como cuando nos dice, hablando de cómo la novela *Moll Flanders* ha sido siempre considerada una lectura impropia por la típica familia de clase media, que no podemos dejar que la mesa de la salita (lugar donde supuestamente se reunía la familia para leer) por útil que sea esta pieza del mobiliario, funcione como árbitro final de nuestro gusto literario, o cuando compara la técnica de escribir de Hemingway y su modo de evadir la realidad, con las contorsiones de un torero que busca esquivar los cuernos del toro. Por otra parte, en todos estos casos nuestra ensayista lee los textos de cada autor con sumo cuidado, intentando meterse en la mente de cada uno antes de ponerse a reflexionar acerca de temas tan centrales como por ejemplo la relación que establecen entre el arte y la vida que buscan representar. Y a pesar de la gran similitud que podría darse

entre los ensayos (pensemos durante un momento en el reto que esto significa, el reto de no caer en formatos preestablecidos), cada uno de ellos es radicalmente distinto a todos los demás, pues Virginia Woolf es ya una ensayista experimentada y sabe darle a cada texto, a cada tema, a cada autor la forma que le corresponde.

Ya para concluir, ¿qué podemos decir pues de la voz que surge de estos textos seleccionados por Federico Patán? ¿Cuál es la impresión final, entre todas las impresiones posibles que se hubieran podido dar según el material que se hubiera escogido y el orden en el cual se hubiera presentado, que nos llevamos de esta Virginia Woolf ensayista? ¿Qué tipo de mente crítica construye para nosotros Federico Patán, siempre a través de este método indirecto tan efectivo pero tan difícil de lograr, como sabe todo buen escritor? Creo que sin temor a equivocarnos podemos decir que la visión que se nos ofrece de Woolf a través de esta selección, organización y traducción tan cuidadosa de sus ensayos, una visión que de hecho vamos armando poco a poco con cada lectura nosotros mismos tal y como lo hubiera querido ella, es la visión de una ensayista innovadora, poco afecta a escuchar a los críticos tradicionales, compleja, difícil de catalogar, exigente, que crece, que evoluciona y que cambia. Pero por encima de todo, es una ensayista que siempre, de un modo o de otro, logra sumergirnos de manera total y completa por unos minutos dentro de esta antología, dentro de su propia mente y dentro de las mentes de los escritores que comenta.

¿Qué hubiera opinado de todo esto Virginia Woolf? Nunca lo sabremos, pero si recordamos que para ella la característica central de un buen ensayista es que con su obra logre envolvernos como con una cortina, para apartarnos por completo durante unos instantes del mundo que nos rodea para recorrer de su mano las reflexiones que nos ofrece, creo que podemos irnos a casa tranquilos y satisfechos de que Virginia Woolf no tendría nada que reclamarle al maestro Federico Patán acerca de la visión que de ella nos presenta en su antología.

Claudia LUCOTTI